

Texto de la presentación del libro

*Al meu poble, jo sóc 'lo Sivines'*

de Sebastià Mariner Bigorra.

Juan Mariné Isidro

La mayoría, si no la totalidad de ustedes, según creo, sabe que a principios de este año el Prof. Sebastián Mariné recibió en su pueblo natal un homenaje que, si bien se produjo casi veinte años después de su fallecimiento, no por esta demora hay que considerarlo menos merecido ni tampoco menos agradecido por sus familiares y amigos: fue proclamado Hijo Ilustre de la Villa, nombramiento que en representación suya recogió su viuda; en la fachada de la casa donde nació y en la que vivían dos hermanas suyas aún entonces y ahora una solo, tras el reciente fallecimiento de la menor, se colocó una placa conmemorativa; y, por último, sobre su vida familiar y académica se dieron dos disertaciones ante un público constituido en gran medida por vecinos del pueblo donde nació.

Es esta ya la tercera ocasión en que lo nombro sin decir su nombre: a caso hecho, como decimos en Murcia, porque ahora creo o más bien estoy casi seguro de que la totalidad, no solo la mayoría de los presentes, lo sabe. No es una certidumbre infundada; precisamente el día en que se celebraron los actos mencionados, entre uno y otro un amigo de nuestra infancia nos contó la anécdota siguiente, que explica bien a las claras por qué tanta seguridad: salía él, dijo, con la familia de su casa en Tortosa para ir, como tantas otras veces, a pasar unos días en el pueblo de su madre; un vecino reciente e ignorante, por tanto, de esa costumbre, profesor de Latín en un instituto cercano, se interesó amablemente por su destino y, al saberlo, exclamó: “¿Vilaplana? ¡Qué casualidad: de allí era Mariné, un conocido latinista!”

Queda así demostrado, pues, que un miembro de nuestro gremio conoce la persona y la obra del Prof. Mariné, naturalmente, cabe decir, pero además sabe que era de Vilaplana, un detalle cuyo conocimiento generalizado no parece tan natural hasta que no tenemos presente cuánto se complacía en proclamarlo, hasta qué punto hacía bandera de su patria chica y ostentación, tan sincera como simpática, de su nacimiento en un pueblecito payés acurrucado en la falda de las montañas de Prades.

Y no lo hacía, claro está, movido por vano orgullo, sino por un amor hacia Cataluña arraigado e irreprímible (y exento, ustedes que lo conocieron lo saben bien, del más mínimo matiz nacionalista), en general, y más particular y acendrado por Vilaplana. Un profundo sentimiento que, no es preciso decirlo, fue una influencia constante en su vida y la de su familia, en todos cuyos miembros supo inculcarlo gracias a los dos o incluso tres meses de verano que pasábamos en nuestro pueblo adoptivo, a donde, por cierto, llegábamos cada año sobreviviendo a las mil peripecias de un largo viaje que ya hubiera querido Homero cantar.

Este afecto, sin embargo, no quedó recluido dentro de los límites domésticos, sino que los traspasó e impregnó buena parte de su obra, de su labor académica y de investigación consagrada a la filología de las dos lenguas que le tuvieron el corazón robado: la latina, que enseñó a sus innumerables discípulos, y la catalana, que codo a codo con su esposa nos enseñó a sus hijos, algo menos numerosos, haciendo de ella nuestra única lengua familiar.

Así pues, cada vez que orientaba su investigación hacia algún aspecto de la filología latina dentro del marco histórico o geográfico de Cataluña, o bien directamente hacía filología catalana, le resultaba por lo general inevitable que, como atraídos por un imán, estos estudios fueran formando ondas concéntricas alrededor de Vilaplana, su epicentro sentimental.

Por tanto, a lo largo del caudaloso corpus de sus trabajos, desde los primerizos hasta los póstumos, aparecen tesoneramente, como una suerte de estribillos que dan ritmo y cohesión al conjunto, aquellos que dedicó a su pueblo o, ensanchando el círculo, a su provincia o, con mayor amplitud aún, al Principado entero. Pero incluso en estos de ámbito más general lo dominaba su querencia y así, cuando, por poner un ejemplo, se ocupó de investigar el distinto uso de las vocales abiertas y cerradas en las rimas de varios poetas catalanes, uno de los escogidos fue, por descontado, su paisano Oleguer Huguet.

La abundancia misma de trabajos de esta índole del Prof. Mariné nos facilitó y al mismo tiempo nos complicó la tarea a sus familiares cuando creímos conveniente contribuir, y corresponder también, al homenaje que se le tributó en su pueblo con un librito en que se recogieran unos cuantos relacionados de un modo u otro con él: había donde escoger, pero también había que escoger, pues publicarlos todos o la mayor parte hubiera excedido los límites que nos propusimos.

Fue menester, entonces, hacer una selección, en ocasiones penosa, porque nos dolía desechar tal o cual artículo obligados solo por razones de espacio. Al fin, la antología quedó constituida por diez, ordenados cronológicamente, aquellos que nos parecieron adecuarse mejor al criterio que nos guió, a saber, que formaran un muestrario lo más amplio posible de los diversos campos que cultivó el empedernido curioso y trabajador infatigable que fue nuestro padre y a la vez tuvieran algún vínculo con Vilaplana.

Bien estrechos son los del que abre la colección y del que la cierra, ya que ambos versan sobre el habla de Vilaplana: el primero es un minucioso estudio de los castellanismos usuales en ella, de los que ofrece un exhaustivo elenco y un profundo análisis de su adaptación fonética y morfológica. Por su parte, el último se concentra en una curiosa peculiaridad de esta habla, el empleo del sufijo *-es* para obtener metronímicos (por cierto, un neologismo necesario pero aún no admitido ni en el DRAE ni en el GDLIC), esto es, sobrenombres de varón derivados del nombre de la madre, como *Lo Sivines*, el metronímico de nuestro padre que aparece en el título del libro.

Antes de continuar presentándoles sus ocho artículos restantes quisiera mantener aún la atención de ustedes sobre estos dos, en concreto sobre el hecho de que estén separados por un intervalo de 35 años: el primero, escrito en 1953, forma parte de la primerísima producción del Prof. Mariné, exactamente fue el tercer artículo que publicó; el último en nuestra selección fue publicado en 1988, ya póstumo. A mi entender, y espero que al de ustedes también, queda así corroborado aquello que antes les decía sobre la permanente presencia en su actividad intelectual de su pueblo, al que dedicó en exclusiva uno de sus primeros y otro de sus postreros trabajos.

Con ellos dos, en lo que se refiere a las disciplinas, tenemos ya representadas en la antología fonética, morfología y dialectología, las mismas que con el noveno artículo, sobre posibles influencias de la variante occidental en el catalán de Vilaplana y su entorno. Insisten en la fonética (no podía ser de otra forma, tratándose de Mariné) el tercero y el cuarto, en el que aparece al aplicar los conceptos y métodos estructuralistas a la métrica catalana.

También está representada la epigrafía, por supuesto, en los artículos segundo y séptimo, dedicados a algunas inscripciones de Tarragona cuyo estudio, en el segundo de ellos, conlleva además un análisis de la romanización de la zona.

Y, en fin, tenemos lingüística latina pura en el octavo, crítica literaria en el sexto, e incluso una breve ojeada a la historia y la geografía de la comarca en el quinto.

No sé si habremos acertado con la selección de estos diez artículos, o con nuestra idea de respetar escrupulosamente sus originales, reproduciendo incluso las correcciones a mano que en alguno de ellos hizo el propio autor, sin, en cambio, introducir nosotros ninguna en su nueva publicación; en lo que sí hemos atinado, ciertamente, es en encomendarla a las Ediciones de La Discreta: han realizado un trabajo impecable, superando todas las dificultades derivadas, principalmente, de la ortografía catalana, cuyos acentos graves o agudos, apóstrofes, diéresis y guiones en un primer momento pueden resultar sorprendentes para quien no hace de ellos uso habitual.

También hay que felicitarlos por la perfecta reproducción de las fotos que menudean en el libro desde la portada misma: en principio, nuestra intención era ilustrar con ellas el contenido de cada artículo, aunque ya comprenderán ustedes que en algunos casos nos fue imposible dar con una adecuada, por más que rebuscáramos; pero el caso es que, con tanto revolver, se nos fueron quedando como adheridas en las manos algunas otras que reclamaban ser incluidas sin más, como la de la pág. 113, el retrato de un Sebastián Mariné con once años y unos rasgos que poco iban a cambiar ya; o, en la 89, la del grupo de estudiantes universitarios entre los que se hallan él y su futura esposa; o, encabezando las páginas donde se recoge su bibliografía, aquella otra que lo inmortalizó en plena escansión del *Non ebur neque aureum*.

He aquí, pues, reseñados los tres elementos, bibliografía, fotografías y artículos, componentes del libro que hoy se presenta; confiamos en que, gracias a ellos, cumpla bien con su finalidad: difundir y mantener vivo el recuerdo no solo de la obra sino también de la figura de su autor, de aquel que, además o por encima de ser colega, profesor o padre, fue nuestro amigo Sebastián Mariné.